

Vali

Wilhelm sólo guardaba un vago recuerdo de cómo era la vida antes del dolor.

Los primeros días en la casa de campo los dedicó a permanecer en una de las sillas de la cocina y a desear estar muerto. Al tercer día por fin se levantó.

Lo primero que hizo fue enterrar la radio y el telégrafo en el jardín trasero; encontró la pala en el cobertizo y las fuerzas para hacer el hoyo en los dos sacos de arpillera con provisiones que descubrió en un rincón de la cocina. Ahora, meses después, parte de su rutina consistía en comprobar tres veces al día que los aparatos siguieran enterrados.

Sin embargo, una mañana lo despertó el motor de un avión de carga. Él, que creía encontrarse a estas alturas completamente aislado, corrió hacia el frío exterior con el pulso palpitándole en los oídos, olvidando las pautas de salvamento en caso de bombardeo. El avión había planeado tan cerca que alcanzó a ver su carcasa trasera antes de que desapareciera en la lejanía.

El cielo estaba lleno de octavillas. Atardecía cuando Wilhelm, tras reunir todas las cuartillas cerca del huerto, hizo una hoguera con ellas; las llamas se reflejaron en su cara, fría e inexpresiva, antes de extinguirse poco después.

De vez en cuando una puerta en su cabeza se abría y por ella salían los recuerdos. La mayor parte de las veces conseguía reprimirlos, pero algunas noches salía de la casa con paso precipitado, corría hasta salir de la finca y una vez en el bosque empezaba a gritar. En aquellas ocasiones solía despertar al amanecer en el huerto, hecho un nudo de dolor y músculos entumecidos.

Estos episodios dejaron de sucederse cuando decidió quitar las malas hierbas del jardín delantero. A partir de ahí dejó de pasarse las tardes con la vista desenfocada y los brazos cruzados, evitando los recuerdos como quien evita acercar la mano al fuego; empezó a cuidar de la casa y del huerto. La siguiente vez que fueron a visitarle preguntó si podían conseguirle semillas, y entonces descubrió que siempre había habido en el último estante de la despensa. Pero leyó las etiquetas de los saquitos, los volvió a dejar de cualquier manera en la estantería y salió de la lúgubre habitación dando un portazo. Pidió expresamente semillas de tomate, y aunque los soldados intercambiaron al principio una mirada de extrañeza, la siguiente vez por fin se las trajeron.

Ahora era de noche, aunque no importaba; nadie veía en la oscuridad, pero él sí.

Wilhelm salió al húmedo exterior sin apartar la vista del pequeño objeto redondo que sostenía entre las manos. El aire le dio de lleno en la cara, haciendo que entrecerrara los ojos y se le congelara el labio superior durante el trayecto hasta los primeros matojos del huerto. Buscó con la vista la zona donde lo había encontrado; Wilhelm andaba con paso lento y cansado.

Se arrodilló en la fría tierra removida, clavando sus rodillas en la blanda superficie. Hizo una especie de agujero en forma de media luna y enterró el tomate hasta la mitad, con el verdoso rabillo sobresaliendo.

Tras observarlo durante unos minutos, comprobando que estuviera bien ahí metido, decidió marcharse de nuevo a la calidez de la casa; Wilhelm había empezado a

tiritar. Hizo una mueca al ponerse en pie. Ya había dado unos cuantos pasos cuando su pierna derecha y su cabeza palparon a la vez.

Wilhelm cayó al suelo con un alarido de dolor. Cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula. Poco a poco consiguió tranquilizarse. Un minuto más tarde su respiración se acompasó. Wilhelm rodó sobre sí mismo, respirando entre dientes, hasta que consiguió colocarse bocarriba sobre la tierra fresca. Observó el cielo, de un negro azulado y brillante y cuajado de estrellas, y también de puntos luminosos que parecían luciérnagas; Wilhelm ya había visto muchas en verano.

Dejó de sentir frío, a pesar de estar tumbado en medio del huerto y de la noche, para empezar a experimentar una extraña paz. No tardó en quedarse dormido.

—¿Recuerdas cuando le voló la cabeza a Stefan por matar a las gemelas judías, Rasmus?

Rasmus asintió, abriendo la cajita de cuero donde guardaba los cigarrillos.

—Mi parte favorita es que ni siquiera parpadeó. —Se llevó un cigarro a los labios, pudiendo hablar sólo a través de las comisuras de la boca—. Y no tuvo que dar explicaciones porque nadie se las pidió. ¿Quieres uno, Tim?

Tim negó con la cabeza, pero posteriormente no recordaría haberlo hecho; estaba absorto en los relatos sobre el exsoldado Wilhelm. Volker y Rasmus llevaban un rato hablando de él, en parte para amenizar el viaje y en parte porque siempre se divertían llenándole la cabeza de historias.

—¿Quieres un cigarrillo, Volker?

—Gracias. —Rasmus puso el cigarro en la boca a su compañero y se lo encendió mientras Volker inclinaba un poco la cabeza, sin apartar la vista del frente y las manos del volante. Sonrió de medio lado al recordar algo—. ¿Y recuerdas cuando descubrió a aquella panda de polacos en mitad del bosque? Joder, cuando oí aquel asqueroso acento me caqué en los pantalones.

Rasmus soltó una aguda carcajada.

—*Bitte*. Me pasé dos días escuchando sus gritos en sueños.

—Yo también —reconoció Volker, girando el volante hacia la derecha. Luego sujetó el cigarrillo con dos dedos de una mano y expulsó lentamente el humo por la nariz. Tosió—. Pero en realidad siempre ha sido un cabronazo. Un *Scheisse*.

—¿Por qué? —preguntó Tim.

Volker lo miró a través del retrovisor del descapotable blindado. Le sonrió mostrando la mitad de la dentadura; siempre parecía estar racionando su sonrisa.

—A veces se me olvida lo joven que eres —comentó.

—Wilhelm nunca se relacionaba con sus camaradas —explicó Rasmus desde el asiento del copiloto—. Conmigo nunca intercambió una palabra.

—Vivía como un príncipe. No tenía de qué preocuparse.

Tim acentuó la arruga de su frente. Hasta ahora sólo le habían contado cosas fascinantes acerca del exsoldado Wilhelm, una leyenda entre los más jóvenes. Esa versión era incompatible con la idea que llevaba años formándose de él.

Se inclinó hacia delante en el asiento trasero.

—¿Qué clase de privilegios?

Rasmus se encogió de hombros.

—Tabaco gratis, botas más bonitas. Ese tipo de cosas.

Volker escupió a la carretera.

—Se tenía bien merecido lo que le pasó. —Pisó con fuerza el acelerador, haciendo que el coche soltara una nube de humo y arenilla antes de aumentar la velocidad.

Tim asomó la cabeza por la inexistente ventanilla. El viento le desordenó la cabellera rubia, ya de por sí desordenada al ser rizada. Era un día extrañamente soleado, la mitad del cielo salpicado de espesas nubes blancas que parecían de algodón. A pesar del viento hacía calor; Tim optó por desabrocharse un botón de la chaqueta.

Era la primera vez que iba con Volker y Rasmus a visitar al exsoldado Wilhelm, que se había retirado meses atrás tras sufrir una fuerte conmoción. Ahora vivía en una enorme casa de campo a las afueras de Nuremberg. *Los de arriba* se habían encargado de buscarle un buen retiro lejos de la civilización donde pasar los años que le quedaban en soledad. Cada treinta días unos cuantos soldados lo visitaban para comprobar que seguía vivo.

Esta vez le había tocado a Tim acompañar a Volker y a Rasmus, “todo unos veteranos en cambiarle los pañales a Wilhelm”, como ellos mismos se definían. Tim sentía curiosidad por conocer a aquel soldado, verlo en persona y comprobar qué aspecto tenía. Desde la primera vez que puso un pie en el Ejército, apenas un mes atrás, no había parado de escuchar toda clase de historias relacionadas con Wilhelm.

Perdido en sus pensamientos, Tim casi no oyó a Rasmus.

–Lo que le pasó no se lo merece nadie, Volker.

Volker soltó una risita, pero no dijo nada.

–Podría haber sido peor –comentó, sin embargo.

Durante el resto del viaje, a pesar de que Volker había dejado claro lo que pensaba del exsoldado Wilhelm, no cesaron las historias sobre él.

–... liberó a cuatro docenas de judíos camino de Varsovia. Tampoco tuvo que responder por ello.

–... estaba completamente rodeado. El asalto al hospital había sido una masacre y la mitad de los soldados habían muerto. Wilhelm estaba en medio de un buen puñado de rusos, todos armados hasta los dientes. El pobre diablo de Wilhelm sólo llevaba una pistola y ni siquiera estaba cargada al completo; había más rusos que balas.

–... no era cierto. La verdad es que hablaba mucho con su hermano. Las únicas veces que lo vi sonreír fue en compañía de él. Casi parecía tranquilo y feliz, como si la guerra no existiera y se encontraran en una cervecería del centro de Berlín...

No tardaron en llegar a su destino.

Volker fue el primero en bajar del coche. Cerró la puerta del conductor de un portazo y se estiró como un gato. Después se chupó el índice y lo levantó, entornando los ojos. Hasta olisqueó el aire.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Rasmus, saliendo también del descapotable blindado.

Volker rio. Se acercó a él y le metió el dedo chupado en el oído. Rasmus le dio tal empujón que el corpulento soldado perdió el equilibrio.

–¡Que te jodan!

–Vamos. –Volker se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta militar y echó a andar hacia el caserón que había más adelante–. No me gusta este sitio. Quiero acabar cuanto antes.

Tim caminaba unos pasos más atrás que sus compañeros. Miraba alrededor con cierta histeria. Hacía tiempo que no estaba rodeado de tanto verde, de tanta paz. Divisó algunas montañas a lo lejos, tras una zona escarpada por la que se intuía la curva azulada de un río.

La casa estaba a unos cien metros de donde habían aparcado el coche, al final de un caminito de piedra. Antes de llegar a la puerta de madera de la entrada había una gran zona de cultivo: manzanos, plantas donde crecían patatas, remolachas, tomates...

Volker miró alrededor con una sonrisita desagradable en los labios.

–A ver por qué le ha dado esta vez –murmuró, apartando de una patada una piedra del camino.

Tim apretó el paso para no quedarse atrás.

A Wilhelm lo despertó el brusco frenar de un coche a lo lejos. No había mucho que escuchar por allí, por lo que notaba los cambios enseguida. Supo que no se avecinaba nada bueno.

Aunque permaneció un minuto más tumbado en la tierra rociada y fría, se obligó a incorporarse y a ignorar el dolor sordo que le producía la pierna, porque a continuación debería mantener la compostura. Le gustara o no, era el anfitrión.

Wilhelm arrastró el peso muerto de la pierna hasta el último escalón de la entrada principal y esperó. Al poco divisó las tres figuras uniformadas acercándose por el caminito de piedra, dos de ellas caminando enérgicamente y la otra un poco más atrás, rezagada.

La mirada de Wilhelm se ensombreció.

No se levantó para saludar a los soldados una vez éstos llegaron a su altura. Ellos se pararon justo delante de él, tapándole el sol.

–*Heil, herr Wilhelm.* –Volker sonreía al hablar. Parecía un lobo hambriento–. ¿No saludas?

No, saludaba. Recordó la primera vez que habían ido a visitarlo y le habían traído algunas cosas. Volker y Rasmus lo saludaron con el habitual *Heil Hitler!* y Wilhelm ni se inmutó. Fue también la primera vez que Volker le golpeó, el puño estrellándose contra la cuenca de su ojo; rápidamente había sentido las capas de dolor: primero rojo, después morado, azul, amarillo, morado otra vez...

Wilhelm reparó en las bolsas de arpillera que portaban Rasmus y el chico joven.

Volker soltó un bufido, irritado. Hizo un gesto a Rasmus y a Tim.

–Adentro.

Y sin decir nada más, subió las escaleras de una zancada y abrió la puerta, no sin antes pisar deliberadamente a Wilhelm. El exsoldado tampoco se inmutó entonces. Rasmus, en cambio, pasó cuidadosamente por su lado, sin llegar a rozarlo siquiera.

Wilhelm notó la mirada del más joven puesta en él, así que no tuvo más remedio que alzar la vista.

El chico le sonrió tímidamente.

–Hola.

–¿Tim? –Volker lo llamó desde dentro.

Wilhelm y Tim intercambiaron una última mirada. Finalmente, el exsoldado desvió la vista.

Volker se encendió un cigarrillo.

–Hubo un tiempo en el que me gustaba más liar cigarrillos que liarme a puñetazos.

Rasmus soltó una especie de saco –la bolsa más pesada– en el mueble de la cocina. Tim entró en la cocina cargando con el resto de las bolsas. No pudo contener su sorpresa. Dio una vuelta para contemplar la sala, maravillado. Las paredes y el suelo

eran de madera. Las cenizas de lo que había sido un fuego se consumían en la chimenea, al fondo de la enorme cocina. El exsoldado Wilhelm debía de ser buen cocinero, porque había platos de aspecto delicioso sobre la mesa de la esquina.

A Tim le rugieron las tripas. Se preguntó si...

Volker siguió la mirada de Tim y también reparó en la mesa. Anduvo con gran parsimonia hasta acercarse a la tabla de madera.

Tim vio cómo apretaba la mandíbula; los huesos se le marcaron en su duro rostro.

–Comprendo.

Con un rápido movimiento, Volker barrió con el brazo la mesa entera, tirando casi todos los platos al suelo.

El ruido del cristal y la cerámica al romperse fue ensordecedor. Tim dio un pequeño salto en el sitio; se preguntó si habrían oído aquello desde Berlín.

Rasmus también se sobresaltó.

–Volker... –le advirtió, aunque a juzgar por el movimiento de sus manos se intuía la diversión en él.

Volker se giró. Tenía el rostro congestionado de ira.

–Siento vergüenza. El país muriéndose de hambre, millones de alemanes sin una comida decente... –Hizo una pausa para tragar saliva; notaba el odio pegado en la lengua, de ahí que le costara hablar–. Este *Saukerl* tiene la despensa a reventar. Y además nos mandan aquí para que le traigamos todavía más, por si no fuera suficiente.

–Volker –repitió Rasmus.

Tim observaba la escena con ansiedad. Tenía ganas de añadir que, probablemente, el hecho de que la mesa estuviera llena de comida significaba que el exsoldado Wilhelm se había pasado un largo rato cocinando para ellos. Porque Tim se fijó en lo que contenían los platos antes de que éstos hubieran sido estrellados contra el suelo: cecina, huevos, *Speck*...

El desayuno.

Tim miró con desasosiego la comida desperdiciada.

–¿Qué ha hecho este *Saukerl* para merecer todo esto? –gritaba Volker – ¿Para estar a salvo de la guerra? ¿Para tener una casa enorme, al margen de todo lo que está pasando, con comida, cigarrillos y whisky? ¿Qué ha hecho ese *Scheisse*?

Rasmus se acercó a Volker, conciliador.

–Perdió a su hermano.

–Perdió a su hermano. –Volker sonrió; era una sonrisa que no auguraba nada bueno–. Yo también he perdido a muchos amigos.

–No es...

–¿No es lo mismo?

Rasmus calló. Tim seguía sin decir nada.

–También fue herido de guerra. Herido de gravedad.

–Yo también he resultado herido muchas veces. Me paso los días matando a rusos. –Volker escupió en el suelo–. Luchando por el *Reich*. Por el *Führer*. Yo no soy ningún cobarde. Me siento insultado al haber sido enviado aquí para hacerle de recadero a un *Saukerl*.

Volker sacó una navaja plateada. Tim, en un momento de pánico, pensó que Volker se disponía a acuchillarlos a todos. En cambio, el furioso soldado sólo anduvo con decisión hasta la bolsa más pesada, el saco de arpillera, y la rajó; rasgó el tejido e hizo que todas las botellas que contenía se estamparan contra el suelo.

Hubo un silencio que se prolongó varios minutos. Wilhelm no parecía haber oído nada desde la pequeña escalera de entrada.

–¿Le ha explotado una bomba en el oído a ese *Scheisse*? –Volker quería que viniera para tener una excusa y machacarlo; Tim lo notó.

Volker, repentinamente fuera de sí, dio grandes zancadas hasta la puerta de la cocina para ir a buscarlo. Sin embargo, cuando estaba a punto de salir resbaló con un charco de vino. Cayó al suelo con un grito ahogado y se empapó la chaqueta del uniforme del líquido rojizo.

En otras circunstancias, Tim hubiera reído ante la caída, pero esta vez sólo sintió un miedo intenso. Miedo de lo que Volker pudiera hacer a continuación. Pero Volker se quedó allí tendido, con la cabeza ladeada en el suelo.

Por un momento, Tim creyó que...

–Ahí hay una puerta.

Volker se incorporó, no sin algo de dificultad. Le hizo un gesto a la aparentemente inofensiva pared de la cocina.

–¡Os digo que ahí detrás hay algo!

–¿Qué?

Volker tanteó la pared. Tras golpear la superficie de madera con los nudillos y quedarse pensativo un momento, dio una fuerte patada. La tabla se resquebrajó. Volvió a hacerlo repetidas veces hasta que por fin cedió.

Los tres se asomaron, asombrados pero con cautela.

–¿Qué demonios...?

La pared rota reveló una escalera.

Wilhelm oyó cómo aquel animal de Volker le rompía la mitad de la vajilla, cómo estampaba contra el suelo algunas botellas de vino y, por último, cómo le destrozaba la pared. No fue hasta que escuchó ese inconfundible ruido metálico de botas chocando contra la escalera de hierro que se incorporó.

Posteriormente no recordaría haber cruzado la entrada, el pasillo, haber entrado en la cocina. Descubrió el enorme agujero en la pared: donde debería estar la puerta oculta había un hueco negro por el que sin duda Tim, Volker y Rasmus habían entrado.

Wilhelm se pasó una mano por el pelo y descubrió que había roto a sudar.

Seguro que habían descubierto la sala. La escalera no llevaba a otro sitio.

Con la gracia que antes lo había caracterizado, Wilhelm se agachó para meterse por aquel agujero. No tardó en subir las escaleras y llegar al oscuro corredor, que llevaba a una única salida posible. La puerta estaba al fondo, abierta de par en par. Wilhelm bajó la vista; el suelo revestido de madera estaba cubierto de huellas de botas que lo habían salpicado todo de barro.

Procurando no hacer ruido, Wilhelm avanzó por el corredor lentamente, pisando exactamente por donde lo habían hecho antes Volker, Tim y Rasmus. No se paró a analizar esa conducta, pero supuso que tendría que ver con algo que le enseñaron mucho tiempo atrás, algo sobre que una huella no importaba, pero que un conjunto de ellas solían llevarte a la muerte.

Wilhelm entró en la sala del fondo como ya había hecho cientos de veces. Vio manchas rojas por todos lados, por las paredes y el suelo. Por la cara de Volker y de Rasmus. No por la del más joven; éste permanecía en un rincón con cara de susto.

La mente de Wilhelm se nubló. Posteriormente no recordaría haber estampado a Volker contra la pared ni recibir un golpe en la ceja con la culata de una pistola.

Wilhelm se descubrió entonces en el suelo, cerca de la puerta de entrada a la sala. Se incorporó lentamente, ignorando el dolor sordo que sentía en la pierna y ahora

también en la ceja, por donde le salían unos hilillos de sangre que se extendían por su rostro como una mano de pianista.

Volker se encontraba al fondo, de pie, con la cara y el chaleco manchados de rojo y la pistola entre las manos. Apuntaba a Wilhelm.

Wilhelm se puso en pie. No veía otra cosa que no fuera a Volker. Entrecerró los ojos para enfocarlo mejor.

Volker escupió sangre.

–Estúpido *Scheisse*.

Apretó el gatillo.

Tim nunca entendería por qué alguien guardaba tomates en una enorme sala revestida de madera. Las paredes estaban repletas de estanterías donde el exsoldado Wilhelm almacenaba aquellos frutos como si fueran tesoros.

Volker y Rasmus no tardaron en cargárselo todo.

–¿Qué os dije? –dijo Volker, sonriendo como el lobo hambriento que era.

–Ese pobre desgraciado está más loco de lo que pensábamos –comentó Rasmus, mirando, no obstante, con una sonrisa triste alrededor.

Volker rompió distraídamente el cristal de un estante con el codo. Cogió tres tomates que había en el interior y se los lanzó con una sonrisa maliciosa a Rasmus. Éste, ahogando un grito de sorpresa, los esquivó como pudo. Los tomates se espachurraron contra el suelo.

Volker soltó una risita. Rompió otro estante y poco después él y Rasmus estaban enzarzados en una batalla en la que lo único rojo que había era la piel de los tomates. Le tiraron un tomate a Tim, que no pudo contener una risita. Parecían niños.

Entonces Wilhelm había aparecido en el umbral.

Volker falló el tiro.

A Wilhelm le habían enseñado a esquivar una bala. En un nanosegundo, el exsoldado se había agachado y corría hacia Volker. Se tiró literalmente encima de él, volviéndolo a estampar contra la pared y haciendo que la pistola saliera disparada por el aire.

Aunque se intuía lo contrario, la pelea no duró mucho. Había una pequeña banqueta de madera apoyada en una estantería; Wilhelm la solía utilizar para llegar a los estantes más altos, pero esta vez la utilizó para reventarle la cabeza a Volker. El pobre desgraciado no pudo resistirse mucho. Todo acabó rápido: el primer golpe le dio cerca de la cuenca de un ojo; y el siguiente en la barbilla, y el otro en la nariz, pero por suerte el cuarto fue el definitivo. Wilhelm no siguió golpeándole mucho más después de eso.

Cuando se levantó y por fin pudo volver a enfocar la vista, Wilhelm echó un vistazo alrededor, sumamente confundido. Divisó a Tim y a Rasmus, el primero apoyado en un estante con la cara blanca como el papel y el segundo de rodillas en el suelo, con los ojos como platos, el pecho agitándose frenéticamente arriba y abajo.

La habitación estaba repleta de color rojo, pero ahora no se distinguían qué manchas eran de sangre y cuáles eran de tomate. Fue entonces cuando Wilhelm supo qué veía cada vez que sostenía un tomate entre las manos: los pedazos en los que había acabado convirtiéndose Valentine. Vali. Su hermano.

Rasmus había empezado a llorar poco después de que el exsoldado Wilhelm se sentara en el suelo con la cabeza gacha. Tim permanecía en el rincón, sin saber qué hacer o decir.

–La culpa es mía –decía Rasmus entre sollozos–. Yo le seguí el juego. No tendría que haber tocado nada, deberíamos habernos marchado en cuanto dejamos las bolsas en la cocina... –Hacía unos ruidos terroríficos–. La culpa es mía...

Entonces, por primera vez desde la muerte de Vali, Wilhelm soltó una carcajada. Una carcajada de verdad, de las que le salían de lo más profundo del estómago y le agitaban los hombros.

–La culpa es de Adolf –dijo.